

NEW LEFT REVIEW 121

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2020

EDITORIAL

SUSAN WATKINS La década de la crisis británica 7

ARTÍCULOS

R. TAGGART MURPHY Japón: preservar el privilegio 25

FRANCO MORETTI ¿Alegorizar siempre? 63

MICHAEL BURAWOY Historia de dos marxismos 76

DYLAN RILEY Réplica a Burawoy 113

ZEP KALB Y
MASOUMEH HASHEMI Los Universal Studios
de Teherán 123

CRÍTICA

ROB LUCAS El negocio de la vigilancia 149

EMILIE BICKERTON La Nueva Ola de Hollywood 161

JACOB COLLINS Travesías del Rin 171

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

SUSAN WATKINS

UNA DÉCADA DE CRISIS EN EL REINO UNIDO

Editorial

EN EL MOMENTO en que el Reino Unido abandona la UE, la escena política muestra todas las trazas de una restauración. Los conservadores han vuelto al poder con su mayoría más amplia desde la década de 1980, gracias a la largamente ignorada clase trabajadora del norte. El Reino Unido está reanudando la relación *offshore* con el proyecto de integración europea que tuvo en la década de 1960. La imagen del primer ministro nos devuelve a tiempos pasados: educado primero en Eton y luego en Oxford, director de la revista *The Spectator* entre 1999 y 2005, autor de *The Churchill Factor* (aunque su origen familiar sea más cosmopolitabohemio que capitalista-terrateniente). A Johnson le gusta ser fotografiado frente a dos Union Jacks y asume sin esfuerzo su pose heroica de bulldog sin cuello, iluminado por un mocho rubio de estilo Beatles. En su campaña electoral «*Get Brexit Done*» destacaron sus cualidades como miembro tradicional de la clase dominante (decisión, vitalidad, disfrute), insistiendo en que iba a cortar el nudo gordiano de una crisis política que había enfrentado al Parlamento con el primer ministro, al Tribunal Supremo con la Corona, a Holyrood con Westminster, a Londres con el norte del país. El secretario laborista en la sombra para el Brexit [Keir Starmer] dijo el día después de las elecciones que «un segundo referéndum ha dejado de estar en la agenda».

Los símbolos importan. Pero la naturaleza dominante de Johnson se entiende mejor en relación con las múltiples crisis (económica, social, regional, nacional, europea) que pretende solucionar. Cronológicamente, la historia es bastante simple. Las campanadas de duelo por lo que

parecía haber sido un largo periodo de estabilidad política y económica se escucharon por primera vez en la City de Londres a raíz del colapso financiero de 2008. La recesión y la crisis social se intensificaron a partir de 2010, cuando el gobierno de Cameron-Clegg complementó los rescates de la City con las subidas de las tasas estudiantiles y la austeridad procíclica, profundizando el empobrecimiento regional del norte desindustrializado. Desde 2011, la crisis de la eurozona incrementó las desigualdades sociales en el Reino Unido: el capital huyó a la seguridad del mercado inmobiliario de Londres, mientras los trabajadores de la UE desempleados buscaban en las agencias de empleo de todo el país. La cuestión de la UE, que anteriormente no figuraba entre las prioridades de los votantes, comenzó a ascender en la agenda nacional.

Desde aquel momento se abrieron cuatro alternativas políticas. La primera fue el llamamiento del UKIP a una lucha contra el dominio de Bruselas y por la independencia nacional. Los fondos y cuadros para ese movimiento fueron suministrados por los discrepantes de la City; su base inicial fueron los votantes conservadores de mayor edad, especialmente en las ciudades comerciales del sur. En segundo lugar, la reivindicación escocesa de autodeterminación nacional, impulsada por la oposición a la austeridad inglesa de factura *tory*. La campaña radical por el «Sí» encabezada por los más jóvenes asumió el carácter de un movimiento social, movilizando los viejos núcleos obreros de Dundee, Glasgow y Strathclyde¹. El tercer desafío provino de la izquierda laborista bajo el liderazgo de Jeremy Corbyn: un llamamiento a redistribuir la riqueza y a reformular la política exterior, distanciando al Reino Unido de las guerras de la OTAN. La base de Corbyn se hallaba en el mismo tejido socioeconómico que la campaña escocesa #IndyRef: jóvenes, con estudios universitarios, semiprecarios. La cuarta posición, la defensa del *statu quo*, era en principio la más poderosa; entre sus partidarios estaban la intelectualidad liberal y todos los que se beneficiaban de dejar las cosas tal como estaban. A partir de 2014 la pugna entre estas alternativas en competencia iba a extender la compleja crisis del Reino Unido a su sistema de partidos y al Estado multinacional, cuestionando sus relaciones con la UE y su posición en el orden atlántico.

¹ Para una vívida descripción del referéndum de independencia celebrado en Escocia en 2014, que finalmente se perdió por 45:55, véase, Neil Davidson, «La linde escocesa», *NLR* 89, noviembre-diciembre de 2014.

Configuraciones de clase-región

La City, la UE, la OTAN, el Estado multinacional, el sistema de partidos de Westminster; clases, regiones, partidos, votantes: ¿cómo debían articularse esas múltiples estructuras y agentes? Tom Nairn abordó esta pregunta en 1981; y aunque su elegante descripción del conglomerado nacional precise una actualización, sus líneas maestras siguen siendo muy relevantes hoy día². Nairn argumentó que el desarrollo capitalista temprano del país y la expansión en el exterior bajo una poderosa clase terrateniente habían dado un carácter extrovertido único al Estado posterior a 1688, al que la primera revolución industrial conocida impulsó luego al predominio mundial. La configuración de clase inicial permaneció intacta: la burguesía industrial, concentrada en el norte, estaba subordinada social y políticamente a la aristocracia terrateniente del sur, bajo un sistema parlamentario oligárquico que predata al sufragio universal. No hubo lucha por la autodeterminación nacional, no hubo una segunda revolución modernizadora, nada que se pudiera comparar con los efectos galvanizadores de la Alemania de Bismarck, la Guerra Civil en Estados Unidos o el Japón Meiji. La burguesía en ascenso fue en cambio absorbida por el Estado aristocrático y las estructuras civiles existentes.

El dominio mundial de la City de Londres sirvió para desviar la inversión alejándola de las regiones industriales del norte: podían obtenerse mayores rendimientos en el extranjero. El resultado fue la asimetría de clase y región descrita en el *Imperialism* de Hobson: una nación polarizada entre un norte industrializado más pequeño y un sur mayor, orientado al consumo, que vive de los ingresos del imperio, y cuyas «clases acomodadas moldean el carácter externo de la civilización y determinan los hábitos, sentimientos y opiniones del pueblo», mientras que la mano de obra está «dirigida rigurosa e incluso conscientemente por la voluntad y las demandas de la clase adinerada»³. El Partido Laborista, argumentaba Nairn, se acomodó a la hegemonía del corazón metropolitano, buscando sólo una fórmula de compromiso de mejores salarios y asistencia social, bajo un continuo escoramiento hacia el exterior del capitalismo británico que privó a las pequeñas empresas industriales —el *Mittelstand* alemán—, de una inversión y un apoyo técnico adecuados.

² Tom Nairn, «Into Political Emergency», posdata a *The Break Up of Britain*, 2ª ed., Londres, 1981, pp. 365-404.

³ J. A. Hobson, *Imperialism*, Londres, 1901, *passim* [ed. cast.: *Imperialismo*, Madrid, 2009]; y J. A. Hobson, «The General Election: A Sociological Interpretation», *Sociological Review*, vol. 3, 1910, citado en T. Nairn, *The Break Up of Britain*, cit., p. 385.

Bajo Thatcher, escribía Nairn, la hegemonía del sur «aparece al desnudo». El sudeste era cada vez más una zona de servicios para la especulación, los seguros y la reinversión internacional. Lo que quedaba de la industria del norte podía ser vendido a multinacionales estadounidenses, alemanas o japonesas. La inversión externa se disparó con la abolición por Thatcher de los controles de cambio, al igual que lo hicieron las quiebras nacionales, en una aceleración dramática de la vieja estrategia estatal extrovertida. El «declive», la antigua aflicción británica, ya no era un fenómeno nacional: estaba regionalizado, concentrado en el norte. Las cuestiones nacionales de Escocia, Gales y Ulster, argumentaba ahora Nairn, debían contemplarse como confinadas dentro del desarrollo desigual de la división norte-sur, producida por la orientación externa del Estado⁴.

Un aspecto que Nairn no exploró fue la contradictoria posición mundial posimperial del Reino Unido. Ahí, las tres zonas de influencia global identificadas por Churchill –dominio sobre el imperio, asociación con Estados Unidos, factor de equilibrio *offshore* frente a la Europa continental– se habían invertido. A principios del siglo XXI, el Reino Unido había entregado la soberanía militar y geopolítica a Estados Unidos para participar (aunque con un estatus subordinado) en el predominio mundial implacable; ocupaba una posición semidesconectada en relación con Europa: era miembro de la UE, pero permanecía inflexiblemente fuera de la eurozona y el espacio Schengen. Entretanto, la hegemonía del sur de Inglaterra descrita por Nairn aumentó como consecuencia de las sucesivas burbujas de activos, cortesía de la Reserva Federal, que han vertido billones en el sector financiero y han inflado la posición general de la City. Dentro de la UE, el Estado británico aflojó como Estado sus fronteras subnacionales (parlamentos recuperados en Escocia y Gales, Acuerdo del Viernes Santo en Irlanda) y se adaptó al creciente acervo de leyes europeas.

Internamente, dos generaciones de inflación de activos, estancamiento salarial e inversión globalizada han llevado a una desagregación de los bloques de clase, por arriba y por abajo. En el seno del propio bloque dominante, los estratos organizados alrededor de la City se han vuelto astronómicamente ricos y cada vez más globalizados. Aunque Londres siguió siendo la capital financiera de Europa, la «orientación hacia el exterior» en la era de la *bubblenomics* fue sobre todo atlántica. Las instituciones de la City marcaron el rumbo de la relación cada vez más despegada de Gran Bretaña con la UE al bloquear el acceso a la moneda única bajo el Nuevo Laborismo; las empresas podían obtener beneficios

⁴T. Nairn, *The Break Up of Britain*, cit., pp. 386-388.

realizando con mayor libertad malabarismos con otra moneda soberana situada más allá del alcance de los reguladores franceses influidos por Condorcet⁵. Mientras tanto, la poderosa elite política e intelectual –la Cámara de los Lores, el Tribunal Supremo, los niveles superiores de la BBC y el funcionariado, «los grandes y los buenos»–, también obtuvo beneficios del creciente valor de los activos en Londres; pero en su caso, la simpatía general hacia el internacionalismo liberal atlántico estaba más matizada por escrúpulos ideológicos (Bush, Trump). Aunque nunca había mostrado mucho interés en el desarrollo de la UE como entidad política, ese estrato iba a reaccionar apasionadamente contra la pérdida de Europa. El sector industrial, muy debilitado después de haber sufrido un largo declive a lo largo de los años del Nuevo Laborismo con la libra al alza, trató de aprovechar al máximo su contracción después de 2008; pero apenas tenía bazas que jugar en lo que vino después.

Las clases trabajadoras y las capas medias también se han segregado por regiones, generaciones, educación universitaria, estancamiento salarial, propiedad de activos y migración interna. La privatización de la vivienda pública produjo ganancias diferentes, ya que los precios se dispararon en las grandes ciudades y en el sur. El crecimiento y los empleos en el sector servicios se concentraron en Londres y las demás áreas urbanas importantes, dando lugar a una clase asalariada joven, precaria, multiétnica, «con formación universitaria, altamente endeudados, destinados a pasar el resto de nuestras vidas pagando altos alquileres a toda una serie de propietarios»⁶, abandonando a su suerte los antiguos distritos fabriles y mineros. Las subnaciones de Escocia, Irlanda del Norte y Gales reprodujeron sus propias versiones de estos patrones.

Esta era la configuración de clase nacional dividida, «escorada» y golpeada por las múltiples crisis de la década de 2010. Las alternativas políticas en liza tenían como objetivo, todas ellas, movilizar una coalición de clase en torno a su propia solución para los problemas de la UE, la OTAN, el capitalismo financiarizado concentrado en el sur y el Estado multinacional. La rebelión escocesa unió brevemente a la juventud educada con la vieja clase trabajadora, como detalla Neil Davidson⁷, en una amalgama decididamente proeuropeísta, muy crítica con la OTAN y los submarinos nucleares

⁵ Véanse las reveladoras entrevistas de Leila Talani con los principales representantes de los diversos mercados y servicios de la City (mercados monetarios, divisas, bonos, acciones, derivados, gestión de fondos, seguros, banca empresarial), «Winners and Losers in the City of London», en Colin Crouch (ed.), *After the Euro*, Oxford, 2000.

⁶ Duncan Thomas, «Sifting through the Ruins», *Jacobin*, 15 de diciembre de 2019.

⁷ N. Davidson, «La linde escocesa», cit.

Trident y, en general, socialdemócrata. La campaña de Corbyn, cuyos elementos más activos eran jóvenes y provenientes del sur, esperaba crear una alianza similar en pro de la redistribución de la riqueza, la renacionalización parcial de activos y el estímulo económico mediante iniciativas inspiradas en el *new deal* verde; la crítica de Corbyn a la OTAN era apenas audible, ahogada por las acusaciones de simpatías terroristas y antisemitismo. Los laboristas, divididos respecto a Europa, no desarrollaron ni una posición radical partidaria de la permanencia del Reino Unido en la UE, ni una estrategia de izquierda plausible del abandono de la misma. El UKIP y Leave.eu, por su parte, tenían como objetivo unir a los votantes conservadores del sur de más edad con la clase trabajadora del norte —«Inglaterra sin Londres», como la ha denominado Anthony Barnett—, en su tardía lucha por la independencia nacional⁸. Para ellos, de todos modos, nunca se planteó la independencia de la OTAN. Fuertemente unionistas, se dividían no obstante a tenor de cuestiones políticoeconómicas entre un enfoque de libre mercado del tipo «Singapur sobre el Támesis», y la consolidación nacional intervencionista estatal.

En las elecciones generales de 2015, la revuelta dirigida por los jóvenes contra la austeridad castigó a los laboristas escoceses por su «No» en el referéndum de independencia, y redujo a los Demócratas-Liberales a un solo dígito en los Comunes por aumentar las tasas estudiantiles. Desde la derecha, Cameron movilizó una campaña «Inglaterra contra Escocia», asustando a los votantes con la perspectiva de una alianza laborista-SNP para lograr una pequeña mayoría en los Comunes. Había superado con éxito la rebelión escocesa el año anterior al radicalizar la cuestión, insistiendo en que el referéndum se celebrara con respecto a la independencia total, y no a una autonomía máxima, y amenazando con que a los escoceses ya no se les permitiría usar la moneda británica. Ahora aplicó el mismo truco a la UE: no una votación sobre el último tratado, sino un referéndum sobre la permanencia o salida sin matices. El voto del Brexit dividió el país según líneas subnacionales, sociales, regionales, de clase y generacionales. Londres, Escocia, Irlanda del Norte, las grandes ciudades, la clase media y los jóvenes votaron por la permanencia en la UE; la mayor parte de «Inglaterra sin Londres», Gales, las ciudades pequeñas, la clase trabajadora y los ancianos votaron por la salida, alcanzando una mayoría de 52:48⁹.

⁸ Anthony Barnett, *The Lure of Greatness: England's Brexit and America's Trump*, Londres, 2017.

⁹ Véase Tom Hazeldine, «La revuelta de las áreas industriales deprimidas», *NLR* 105, julio-agosto de 2017. Sobre los orígenes del euroescepticismo británico, véase Susan Watkins, «¿Soltando amarras?», *NLR* 100, septiembre-octubre de 2016.

El voto del Brexit constituyó una nueva dimensión de la crisis, esta vez para el conjunto del *establishment* político. El respeto operativo por la democracia se iba a contraponer a todo el elenco de la política gubernamental y la Administración del Estado, lo que supuso una reorientación desgarradora de la maquinaria de Whitehall. La intelectualidad liberal quedó devastada, mucho más que por los estragos del thatcherismo o por las guerras rabiosas de Blair. La descripción de Thomas Piketty, citada por un colaborador del número «What have we done?» de la *London Review of Books* —«el Brexit fue un momento de «sinrazón colectiva», «profundamente nihilista e irracional»—, resumía ese estado de ánimo¹⁰. Sin embargo, es sorprendente que en los círculos del gobierno se llegara con bastante rapidez a un consenso en la cima. El Brexit iría adelante, anunció Cameron, incluso cuando renunció para ser reemplazado como primer ministro por Theresa May. Una razón para ello era la idea de una «versión del Departamento del Tesoro» del Brexit blando: el modelo denominado Noruegaplus, acceso gratuito a servicios financieros, restricciones «razonables» a la inmigración de trabajadores que otros países de la UE probablemente desearían para sí mismos. Una segunda razón era que el Reino Unido ya estaba en muchos aspectos fuera del funcionamiento central de la UE, que atañe fundamentalmente a la gestión de la eurozona. Y la tercera, la competencia política: los votantes por el abandono de la UE constituían el 61 por 100 de los votos conservadores, y el UKIP esperaba ganárselos a la menor señal de «traición». En 2016-2017 la mayor parte de la elite gobernante aceptó a regañadientes la opción de intentar obtener el mayor provecho posible del Brexit, tal y como fue señalado por destacados autores en la prensa de calidad.

¿Una amenaza existencial?

Lo que no parecía posible era un acuerdo comparable con la alternativa representada por Corbyn. Desde el principio, el líder laborista sufrió un asalto triple sin precedentes: de los intelectuales del *establishment*, de la fracción parlamentaria de su propio partido y de los opositores a su política exterior contra la guerra. «Si alguna vez las elecciones necesitaron algún apaño, fue en esta ocasión», escribió David Runciman en la *London Review of Books* en el verano de 2015, cuando se hizo evidente la popularidad de Corbyn¹¹. Una vez elegido como líder, fue inmediatamente criticado por el programa nuclear Trident, los bombardeos en Siria, los

¹⁰ Citado por Jeremy Harding en «The Morning After», *London Review of Books*, 14 de julio de 2016. El propio Piketty entendió la votación como el resultado de las políticas liberales de mercado de la UE, que han magnificado los efectos de la globalización sobre poblaciones impotentes.

¹¹ David Runciman, «The Corbyn Surge», *London Review of Books*, 27 de agosto de 2015.

mediocres resultados en las elecciones locales, mientras que sus parlamentarios le incriminaban en los pasillos de Westminster. En junio de 2016 parlamentarios laboristas informaron a la BBC que, siendo un partidario secreto o cínico del Brexit, había «saboteado deliberadamente» el referéndum sobre la UE y debía ser considerado personalmente responsable del resultado. Tres cuartas partes de la fracción parlamentaria del Partido Laborista votaron contra él en una moción de confianza¹².

Los adversarios de la posición antibelicista de Corbyn tendían a evitar la confrontación directa –su insinuación, después del atentado con bomba de Manchester en 2017, de que la política exterior británica en Oriente Próximo tenía cierta responsabilidad en el aumento del terrorismo islamista, recibió un amplio apoyo– y trataron en cambio de acusarle de antisemitismo. Como ha demostrado con pruebas Avi Shlaim, los grupos que rastrearon las redes sociales en busca de publicaciones para usarlas en su contra –con el respaldo de la Embajada de Israel, dirigida por un antiguo responsable de relaciones públicas de Netanyahu– incluían a la Zionist Federation, que previamente se había especializado en interrumpir las reuniones de estudiantes sobre Oriente Próximo, y la Campaign against Antisemitism, creada en 2014 para contrarrestar a los críticos de la guerra israelí contra Gaza, que se cebó en particular en los partidarios judíos de Corbyn y en cualquier medio de comunicación que les prestara atención, como en el titular de la CCA de abril de 2019: «*Radio Times* publica las viles afirmaciones de Miriam Margolyes de que el antisemitismo en el Partido Laborista se exagera “para evitar que Corbyn sea primer ministro”»¹³.

Las afirmaciones efectuadas durante la campaña de que el Partido Laborista dirigido por Corbyn era «institucionalmente racista» y representaba «una amenaza existencial» para la vida judía en Gran Bretaña recibieron gran cobertura en la prensa convencional. Entre junio de 2015 y marzo de 2019 hubo casi cinco mil quinientos artículos sobre Corbyn y el antisemitismo en los principales periódicos del Reino Unido¹⁴. La

¹² Para un análisis detallado del alcance del apoyo a Corbyn en el partido, véase Daniel Finn, «Contracorrientes: Corbyn, el Partido Laborista y la crisis del Brexit», *NLR* 118, septiembre-octubre de 2019.

¹³ Citado en Greg Philo *et al.*, *Bad News for Labour: Antisemitism, the Party and Public Belief*, Londres, 2019, pp. 175-176: <https://bit.ly/2TCMhRL>. Véase también Avi Shlaim, «Anti-Zionism and Antisemitism in British Politics», *Al-Jazeera*, 12 de enero de 2017.

¹⁴ G. Philo y Mike Berry, «Believe It or Not», en Philo *et al.*, *Bad News for Labor*, cit., p. 1. Citado en Jamie Stern-Weiner y Alan Maddison, «Smoke without Fire: The Myth of a “Labour Anti-Semitism Crisis”», en Jamie Stern-Weiner (ed.), *Antisemitism and the Labour Party*, Londres y Nueva York, 2019, p. 35.

campaña se intensificó después del sorprendente éxito laborista en las elecciones de 2017. Día tras día aparecían en los quioscos de prensa titulares como: «El Partido Laborista de Corbyn está plagado de antisemitas», «El ejército antisemita de los laboristas»¹⁵. Las noticias de la BBC estaban siempre a la cabeza en este asunto. Los grupos de discusión de los analistas confirmaban el éxito de la campaña: los votantes creían que alrededor de un tercio de los laboristas debían ser acusados de antisemitismo (la cifra real de casos válidos documentados era del 0,06 por 100 de los miembros del partido), y estaban particularmente enojados porque «Corbyn nunca se había disculpado» (sí lo hizo). Una minoría, quizá cortesía del *Daily Mail*, había oído que Corbyn iba a introducir la ley de la *sharia*¹⁶.

En septiembre de 2018, el análisis de doscientos cincuenta artículos periodísticos y noticias de televisión sobre esos temas encontró 95 casos claros de informes engañosos o inexactos, y verificó que dos tercios de las noticias de televisión contenían informaciones erróneas o distorsiones sustanciales. Hubo veintinueve declaraciones falsas, entre ellas ocho en *The Guardian* y seis en TV News de la BBC, así como un abrumador desequilibrio en las fuentes, especialmente en las noticias de televisión, de alrededor de cuatro a uno contra los laboristas; casi la mitad de los informes de *The Guardian* carecían de fuentes citadas que defendieran al partido o a su líder¹⁷. Tampoco hubo ninguna discusión sobre el registro documentado de la oposición de Corbyn al antisemitismo como diputado: su participación en la vigilia de la Sinagoga de Finsbury Park, su conmemoración del Día de la Memoria del Holocausto, su participación en la conmemoración de la *Kristallnacht* y de la Batalla de Cable Street y en el recuerdo de las víctimas en Terezín. «La idea de que el dirigente británico antirracista [Jeremy Corbyn] sea el principal problema que afronta la comunidad judía es absurda», escribió Joseph Finlay, exdirector de *Jewish Chronicle*. Hasta John Bercow, el intimidante *speaker* de los Comunes, ha afirmado que, después de haber conocido a Corbyn durante más de dos décadas, «nunca detecté ni un tufillo de antisemitismo en él»¹⁸.

¹⁵ *Daily Mail*, 3 de septiembre de 2018; *Sunday Times*, 7 de abril de 2019.

¹⁶ «Believe It or Not», en G. Philo et al., *Bad News for Labour*, cit., pp. 1-9, 19.

¹⁷ Justin Schlosberg y Laura Laker, «Labour, Antisemitism and the News: A Disinformation Paradigm», en Stern-Weiner (ed.), *Antisemitism and the Labour Party*, cit., p. 73.

¹⁸ Joseph Finlay, «Jeremy Corbyn is an antiracist, not an antisemite», *Jewish News*, 26 de marzo de 2018; citado en J. Stern-Weiner y A. Maddison, «Smoke without Fire: The Myth of a “Labour Anti-Semitism Crisis”», cit., p. 26.

Tradicionalmente, el antisemitismo en Gran Bretaña ha sido parte integrante de su cultura cristiana. ¿Cuál es su presencia, y en qué formas, en la sociedad secularizada y multiétnica de hoy? El detallado informe de Daniel Staetsky *Antisemitism in Contemporary Britain*, basado en las encuestas más amplias realizadas hasta la fecha, enfatiza que los niveles de antisemitismo en el país se encuentran entre los más bajos del mundo; el pueblo judío es visto positivamente por una abrumadora mayoría de la población. Mientras que el 40 por 100 de los británicos tienen una «impresión negativa» de los musulmanes, la cifra cae al 7 por 100 para los judíos, cifra inferior al 10 por 100 registrado en Noruega, Francia y Finlandia. En Gran Bretaña los judíos corren muy pocos riesgos de ser tratados con violencia: el 1 por 100, en comparación con el 7 por 100 para los «inmigrantes». La proporción de británicos que confiesan un antisemitismo «aprendido» de línea dura, como lo llama Staetsky, es decir, «ideas radicales y sofisticadas, combinadas con una aversión abierta», se estima en el 2,4 por 100, mientras que otro 3 por 100 reconoce una versión «más suave» de esa posición¹⁹. Sin embargo, como señala Staetsky, dado que los significantes antisemitas siguen formando parte de la cultura, un número mayor, tal vez del 15 al 30 por 100, puede tener una o más ideas estereotipadas sobre el pueblo judío, sin ser conscientemente hostil o mal predispuesto hacia él, aunque tal vez mantenga también opiniones positivas²⁰. «En Gran Bretaña la mayoría de los judíos no se ven hostigados por ideas netamente antisemitas», concluye Staetsky. Sin embargo, debido a la difusión de los estereotipos, pueden encontrarse con personas que «de vez en cuando, expresan opiniones que pueden hacerlos sentir incómodos». Como argumentan Jamie SternWeiner y Alan Maddison, no obstante, la regurgitación de los estereotipos, ya sean étnicos, religiosos o de género, debe abordarse en primera instancia con educación y argumentos, en lugar de sanciones²¹.

¹⁹ Daniel Staetsky, *Antisemitism in Contemporary Britain: A Study of Attitudes towards Jews and Israel*, Institute for Jewish Policy Research, septiembre de 2017, p. 5.

²⁰ Sobre la cuestión de Israel, Staetsky concluyó que el 12 por 100 de los británicos tenía una impresión claramente «negativa» del país, mientras que el 21 por 100 tenía una impresión negativa «más suave», aunque esas actitudes antiisraelíes «no sean, en general, antisemitas». Debido a la «difusión considerable» de las actitudes antiisraelíes, alrededor del 56 por 100 tiene al menos una «actitud antiisraelí», aunque muchos podrían tener también una actitud positiva hacia el pueblo judío, D. Staetsky, *Antisemitism in Contemporary Britain*, cit., p. 5.

²¹ Lo mismo se podría decir de los obsecados teóricos de la conspiración que afirman que el Mossad organizó el 11S, una opinión más extendida en Estados Unidos que en el Reino Unido.

Antony Lerman, exdirector y fundador del Institute for Jewish Policy Research, ha sugerido que la controversia sobre el antisemitismo encubría de hecho una batalla entre los judíos británicos sobre «los aciertos y errores del conflicto Israel-Palestina»²². Pero para los medios de comunicación convencionales, sólo importaba un bando. Los miembros judíos del Partido Laborista que simpatizaban con Corbyn se quejaban constantemente de la forma en que los medios trataban al conservador Board of Deputies of British Jews –«en su mayoría *tories* y partidarios de Netanyahu»–, «como si hablara en nombre de todos los judíos del Reino Unido [...] pero no es así; al menos no hablan en mi nombre»²³. Los intelectuales judíos seculares han desempeñado un papel central en la cultura de posguerra de Londres, pero los disidentes tuvieron que esforzarse a fondo para ser escuchados. *The Guardian* se negó a publicar una carta firmada por doscientas cinco mujeres judías que rechazaban las acusaciones sin pruebas formuladas contra Corbyn por la parlamentaria Margaret Hodge²⁴. La *London Review of Books* fue en otro tiempo conocida por su mentalidad independiente sobre estas cuestiones, publicando la opinión de Edward Said sobre los Acuerdos de Oslo y muchos buenos textos de la izquierda israelí. En general hostil hacia Corbyn –«Lo mismo da uno que otro» fue su comentario desdeñoso sobre las cruciales elecciones de diciembre de 2019–, cerró sus puertas a las opiniones judías disidentes después de un temprano artículo de Stephen Sedley. Los autores habituales de la revista –el propio Sedley, Jacqueline Rose, Antony Lerman, Avi Shlaim, Donald Sassoon–, tuvieron que expresar su oposición a la campaña contra Corbyn en otros lugares²⁵.

Ciertamente se puede criticar la gestión del tema por parte de la dirección laborista. El gabinete de Corbyn tardó casi cuatro años en hacerse con el control de la burocracia del partido, que bajo Iain McNicol había demorado deliberadamente la investigación de las pruebas relativas a las redes sociales. Una vez que Jenny Formby se hizo cargo del asunto en 2018, quedó claro que la gran mayoría de las acusaciones no afectaban

²² Antony Lerman, «When Jews are just fodder for the Tory propaganda machine», *Jewish Voice for Labour*, 9 de noviembre de 2019.

²³ Angie Mindel, «Testimonies: Labour Jews Speak Up», en D. SternWeiner (ed.), *Antisemitism and the Labour Party*, cit., p. 224.

²⁴ Ben Gelblum, «Guardian defends not publishing 205 Jewish women's complaint over Margaret Hodge antisemitism claims», *London Economic*, 20 de marzo de 2019.

²⁵ Como también lo hicieron Mike Leigh, Gillian Slovo, John Yudkin, Richard Kuper, Graeme Segal, René Gimpel, Susan Himmelweit, Esther Saraga, Lynne Segal, Walter Wolfgang, Annabelle Sreberny, George Wilmers y muchos otros.

en absoluto a miembros del Partido Laborista. Los tuits verdaderamente desagradables que atacaban a Luciana Berger provenían casi todos de un *troll* de extrema derecha, que ahora está en prisión. La confianza de Corbyn y sus ayudantes en el vacilante asesoramiento de Jon Lansman, y la idea de que podrían negociar un acuerdo con el Board of Deputies of British Jews, al estilo de los convenios sindicales, fueron errores nacidos de la ideología laborista tradicional. Pero dada la escala y la toxicidad de los ataques lanzados desde los estratos profundos del *establishment*, comparada con los cuales la invención de la Carta de Zinoviev en 1924 parecía obra de aficionados, ante todo hay que reconocer la integridad moral de Corbyn y sus valientes aliados judíos.

Atrapados

Pero si la campaña de los medios de comunicación en torno al antisemitismo representó un duro asalto desde arriba contra el Partido Laborista de Corbyn, el Brexit hirió al partido desde abajo, separándolo de una parte importante de su histórica base de votantes. Paradójicamente, el anticuado sistema de circunscripciones de Westminster –apenas alterado desde la década de 1980, pese al desplazamiento de la población hacia el sur– otorga mayor peso en escaños parlamentarios per cápita a las diezmadas pequeñas ciudades del norte del país: muchas circunscripciones del sur tenían más de ochenta mil votantes, mientras que en el norte docenas de ellas tenían menos de sesenta y cuatro mil; además, el modelo mayoritario no admitía ninguna representación para los votos de las opciones minoritarias. Como consecuencia de ello, la división 52:48 en favor del abandono de la UE registrada en el referéndum se tradujo en algo más cercano a una mayoría de dos tercios en términos de los seiscientos cincuenta escaños parlamentarios, lo que tuvo un resultado particularmente perverso para el Partido Laborista, dos tercios de cuyos votantes eran partidarios de la permanencia, al igual que la gran mayoría de sus diputados. Sin embargo, casi dos tercios de los escaños laboristas correspondían a circunscripciones con mayoría pro Brexit²⁶.

²⁶ En el referéndum del Brexit de 2016, los votos se contaron en función de las circunscripciones electorales utilizadas para las elecciones municipales, no de los seiscientos cincuenta distritos parlamentarios. La tarea altamente técnica de contrastar el primer modelo con el segundo fue llevada a cabo por el politólogo Chris Hanretty, utilizando un modelo diabólicamente complejo de regresión de Poisson. El resultado sugería que en cuatrocientas diez circunscripciones los votantes se inclinaron mayoritariamente por el abandono de la UE, mientras que en las otras doscientas cuarenta, principalmente en Londres y las grandes ciudades, lo hicieron

Esta disparidad plantearía un problema grave para el Partido Laborista en cualquier elección polarizada en torno a la cuestión de Europa. Pero durante los primeros veinte meses después del referéndum, el Brexit fue neutralizado por el consenso prevaleciente; los Comunes votaron para activar el Artículo 50 por una mayoría de cuatrocientos noventa y ocho frente a ciento catorce en marzo de 2017. El siguiente hito fue la convocatoria de elecciones generales para junio de 2017 por Theresa May para fortalecer su posición en el Parlamento antes de las negociaciones del Brexit, que demostró ser otro juicio equivocado sobre el estado de ánimo popular. El inesperado éxito de Corbyn en 2017, al ganar treinta escaños y aumentar en diez puntos su porcentaje [hasta el 40 por 100], privó al gobierno de su mayoría absoluta en los Comunes, lo que a su vez abrió una nueva dimensión parlamentaria de la crisis. Los parlamentarios del European Research Group –*brexiteers* acérrimos situados a la derecha del Partido Conservador– demostraron su fuerza en el verano de 2018, cuando el primer borrador de acuerdo de May resultó demasiado europeo para su gusto. La perspectiva de una derrota de May galvanizó al campo partidario de la permanencia en la UE liderado por la derecha laborista –Alastair Campbell, Peter Mandelson, Chuka Umunna, Sadiq Khan–, al mismo tiempo que muchos partidarios en Momentum pedían un segundo referéndum para cancelar el Brexit. No solo los enemigos de Corbyn sino también sus amigos presionaban en esa dirección: John McDonnell, su canciller en la sombra, y Diane Abbott, secretaria en la sombra de Interior. Todo ello preparó el escenario para la batalla multifacética registrada en la Cámara de los Comunes durante 2019 en la que May intentaba que se aprobara su Acuerdo de Retirada contra la oposición de la izquierda y la derecha de su partido, mientras el partido unionista del Ulster (DUP) se empeñaba en bloquear un acuerdo que había sido diseñado para aplacarlo, Corbyn exigía nuevas elecciones, el secretario en la sombra del Brexit, Keir Starmer, exigía un segundo referéndum, los diputados del norte del país advertían sobre el inminente Armagedón, y la derecha laborista conspiraba para derrocar a Corbyn y a la primera ministra e instalar un autoproclamado gobierno de emergencia nacional.

por la permanencia en la misma. Las trescientas veintisiete circunscripciones de mayoría conservadora (a partir de 2015) se dividieron en 247:80 a favor del Brexit, aproximadamente el 75 por 100, exagerando el 61 por 100 de votantes conservadores partidarios del abandono. Las doscientas treinta y dos circunscripciones de mayoría laborista optaron por el Brexit en la proporción 148:84, esto es, el 63 por 100; pero los votantes laboristas preferían permanecer por un margen aún mayor, el 65 por 100. Véase Chris Hanretty, «Areal Interpolation and the UK's Referendum on EU Membership», *Journal of Public Opinion and Parties*, vol. 27, núm. 4, 2017.

El resultado fue empujar al Partido Laborista de Corbyn a una posición funcionalmente conservadora. En lugar de proponer una solución alternativa a la crisis, como en 2017, los laboristas se convirtieron en la fuerza principal de bloqueó frente al voto popular, alineándose en defensa del *statu quo* con el Tribunal Supremo, la Cámara de los Lores y «la elite partidaria de la permanencia». Los excelentes informes de jóvenes voluntarios laboristas de la franja de circunscripciones del norte y las *midlands* –Dudley, Bolsover, Dewsbury, Burnley, Darlington, Barrow y Furness, Blyth Valley–, que se inclinaron por los conservadores en diciembre de 2019, constituyen un excelente estudio sobre el estado actual del país. Un encuestador que recorrió el noroeste del mismo señalaba al Brexit como la fuente más común de frustración de los votantes:

Para los votantes pro Brexit, este simboliza ahora la forma en que sus voces estaban siendo ignoradas, repetida y antidemocráticamente por los perdedores partidarios de la permanencia en la UE, que también aparecen asociados con otras clases y grupos más privilegiados [...]. En lo que a ellos respecta, los laboristas (y otros) vulneraron la voluntad de la clase trabajadora y un resultado democrático. Se sienten traicionados²⁷.

En diciembre de 2019, un Corbyn debilitado, acusado de terrorista y de antisemitismo por los tabloides, y pidiendo a regañadientes otro año o más de debate sobre el Brexit y un segundo referéndum, perdió sesenta escaños y 7,8 puntos porcentuales²⁸. En principio, aunque quizá no en la realidad política, Corbyn podría haberlo evitado concediendo a los diputados laboristas en 2019 la posibilidad de «votar libremente según su conciencia» sobre la aplicación del Brexit, tal como hizo Harold Wilson en el polémico referéndum de 1975 sobre la entrada en el Mercado Común. Con el «grupo del norte» votando a favor del proyecto de ley y dos docenas de abstenciones laboristas, se le habría negado a Johnson la oportunidad de aprovechar electoralmente la obstrucción al Brexit y para las siguientes elecciones se habría abierto la posibilidad de derrotar a un gobierno conservador mucho más débil. Un gobierno laborista podría haber defendido una política de inmigración abierta, o su propia revaluación de las «cuatro libertades» de la UE.

Al bloquear el Brexit en el Parlamento y llevar así la contienda a unas elecciones en ese terreno tan difícil, los laboristas (y los demás) permitieron a Johnson tomar la iniciativa y presentar a su partido como una

²⁷ Eyal Clyne, «Reflections on our defeat and the challenge ahead», blog Will to Truth, 13 de diciembre de 2019.

²⁸ Los conservadores obtuvieron 365 escaños, los laboristas 202, el SNP 48 y los demócratas liberales 11.

fuerza democrática radical. El resultado, como cabía esperar, ha sido otorgar nueva vida a la hegemonía de la City y a la dinámica extrovertida del capital británico, propiciando la culminación irónica de la larga década que comenzó con el colapso de Lehman Brothers. Sin embargo, otros aspectos de la crisis siguen sin resolverse. Johnson, demócrata en lo que toca a Inglaterra (y Gales), es un autócrata con respecto a Escocia y se muestra firmemente atornillado a la idea anglo-británica como unidad de destino indivisible. Se ha desvinculado empero de Irlanda del Norte, alineándola con la República de Irlanda en términos de controles aduaneros, una iniciativa execrable para cualquier conservador inglés. Aunque actualmente no hay una mayoría clara para la reunificación de la isla, el Brexit ha vuelto a poner la cuestión en la agenda.

¿Restauración? Quizá no tanto. Si bien se ha reafirmado la configuración de clase general del Reino Unido, se pueden discernir en él tres nuevas fuerzas. La primera es una izquierda renovada, tanto dentro del Partido Laborista como fuera de él. Desde 2008 han alcanzado la mayoría de edad sucesivas generaciones de jóvenes activistas y pensadores radicales, curtidos en las protestas estudiantiles, las batallas contra la austeridad, las luchas radicales por la independencia, el activismo climático, el laborismo de Corbyn y la miríada de grupos en torno al festival anual *The World Transformed*. El Partido Laborista no será una oposición creíble, en las condiciones actuales, si decide mantener un papel conservador con el objetivo de representar al *establishment* del pasado. La nueva izquierda mantiene abierta la posibilidad de llevar la lucha al terreno del futuro con soluciones audaces para la desigualdad, el cambio climático y el orden internacional, como intentó hacer el liderazgo de Corbyn.

La segunda nueva fuerza que debemos considerar es un grupo disidente intensamente proeuropeo, concentrado en la intelectualidad liberal. Todavía no está claro si esa capa mantendrá su posición crítica actual o se reconciliará con el nuevo apañío. Pero el alejamiento del poder puede ser una experiencia fructífera para los intelectuales, como muestra el ejemplo de la década de 1980. Bajo Thatcher, y a pesar de ella, Gran Bretaña vivió una época dorada de la televisión en la BBC2 y Channel 4, nació la *London Review of Books*, se afianzaron las páginas de opinión de *The Guardian* cubriendo una amplia variedad de puntos de vista, brotó una nueva cosecha de novelistas iconoclastas sostenidos por la renacida revista *Granta* y por editoriales fugazmente prósperas, en una cosecha muy superior a la que luego vendría con Blair y Cameron. ¿No podría darse otro florecimiento similar bajo Johnson?

La tercera fuerza, la nueva clase obrera septentrional, que ahora ha votado a los conservadores, está todavía horneándose. Ya en 2004 el politólogo neerlandés Cas Mudde especuló sobre una escisión electoral emergente entre los centros metropolitanos y las periferias desindustrializadas, comparable a las confrontaciones entre los medios rural y urbano del siglo XIX y entre el capital y el trabajo en el XX, que Seymour Lipset y Stein Rokkan analizaron como divisiones estructurantes de la política electoral en *Party Systems and Voter Alignments* (1967)²⁹. Desde entonces, la polarización entre los centros «internacionales» y las periferias «nacionales» se ha visto de modos muy diferentes. Para Paul Mason, la alianza progresista del futuro está claramente con los «internacionales», los jóvenes profesionales metropolitanos del bando partidario de la permanencia. Para Wolfgang Streeck, en cambio, el nivel nacional ofrece la única base efectiva para la rendición de cuentas democrática, para llamar al orden a las ávidas fuerzas del capital. Malcolm Bull ha sugerido por su parte que ambos frentes, centros internacionales y periferias nacionales, podrían adoptar indistintamente posiciones de izquierda o derecha³⁰. El voto conservador de la clase trabajadora septentrional en 2019 todavía no representa una nueva división electoral en el sentido fuerte de Lipset y Rokkan, esto es, un nuevo encuadramiento partidario que ofrezca una identidad colectiva para la *longue durée*, como podrían suponer Ley y Justicia en Polonia, la Unión Cívica en Hungría o el Frente Nacional en Francia. En sus propios términos, los trabajadores que han votado a Johnson serían «streeckianos», siendo su objetivo la recuperación del control democrático; emitieron un voto de protesta en 2016 y han exigido que se tomara en serio tres años después. Pero la tendencia general aún puede ser la volatilidad de los votantes –y nuevas protestas–, más que un realineamiento a largo plazo.

Johnson no es evidentemente Thatcher. La ideología de tendero de la esquina que esta profesaba envolvía una política económica detallada –y, en sus propios términos, coherente– heredada de Chicago. El gobierno de Johnson consiste en una mezcla inestable de partidarios del libre

²⁹ Cas Mudde, «EU Accession and a New Populist Centre/Periphery Cleavage in Central and Eastern Europe», *CES Central & Eastern Europe Working Paper* 62, 2004.

³⁰ Paul Mason, «Unless Labour radically changes on Brexit, it may never win back the voters it has lost», *New Statesman*, 29 de mayo de 2019; Wolfgang Streeck, *Buying Time: The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*, Londres y Nueva York, 2014 [ed. cast.: *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Buenos Aires y Madrid, 2016]; Malcolm Bull, «Can the Poor Think?», *London Review of Books*, 4 de julio de 2019.

mercado y de intervencionistas y sus primeros pasos han salido del programa de Corbyn: aumento del gasto público, aumento del salario mínimo, nacionalización de Northern Rail. Históricamente, los gobiernos conservadores han demostrado ser más capaces que los laboristas de enfrentarse a Washington: Heath rechazó ceder el espacio aéreo a la Fuerza Aérea estadounidense en vuelo hacia la guerra árabeisraelí de 1973, Major intentó mantenerse fuera de los Balcanes, y Johnson sigue adelante con Huawei como proveedor británico del 5G. Pero frente a una recesión mundial predicha desde hace mucho tiempo, pero que no ha llegado a materializarse durante años y que ahora se producirá en una economía mundial a la deriva animada por los billones de dólares creados por la flexibilización cuantitativa y por tipos de interés prácticamente nulos, todas las apuestas sobre la economía del Reino Unido están permitidas.

traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda

Nancy Fraser

Colección: Prácticas constituyentes 21

PVP: 20 €

El objeto de este libro es claro: la sociedad capitalista. Se trata de comprender qué es y cómo funciona; sus irracionalidades, coerciones e injusticias endógenas; sus

tendencias inherentes a la crisis y sus líneas de conflicto; sus potenciales inmanentes para la transformación. Partiendo libre y eclécticamente de «los dos Karls» (Marx y Polanyi), así como de las teorías feministas y ecologistas y de las teorías críticas de la raza, este libro propone una visión ampliada de la sociedad capitalista. Esta visión abarca no solo la economía visible, «productiva», sino también los «talleres ocultos», las condiciones de posibilidad subyacentes de esta última, en concreto: los procesos de reproducción social asimétricos en cuanto al género, la dinámica racializada de la expropiación, las formas de dominio político estructuradas por las diferencias de clase, así como la depredación sistemática de los ecosistemas. Todo ello es parte integrante esencial de lo que es, en realidad, una sociedad capitalista.

Una visión ampliada del capitalismo implica también una visión ampliada del socialismo. Desde esta perspectiva, el socialismo debe superar no solo la explotación del trabajo asalariado por parte del capital, sino también sus múltiples formas alternativas de explotación parasitaria: el trabajo de cuidados no remunerado, los bienes públicos y la riqueza expropiada a los sujetos racializados y a la naturaleza no humana. El socialismo debe ser, pues, feminista, antirracista y antiimperialista, ecosostenible y democrático.